



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9948

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 20 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La responsabilidad es de la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

SÁBADO 29 DE DICIEMBRE DE 1894

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—C Responsables en París, A. Loreste, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubour Montmartre, 31.

ACADEMIA FACULTATIVA DE MATEMÁTICAS CARTAGENA

Debiendo comenzar las clases de preparación en esta Academia el día 2 de Enero próximo, se hace así constar, como á la vez que está abierta la matrícula hasta dicho día en los domicilios de los Directores; D. José López Rodríguez, plaza de los Caballos, 11, bajo y 2.º, de 4 á 6 de la tarde; y D. Joaquín Izquierdo, San Fernando, 67, principal, derecha, de 11 á 2.

ACADEMIA ESPECIAL DE COMERCIO

DIRIGIDA POR

D. Gabriel Galván y D. Ricardo Goicuría

INTERVENTOR Y CAJERO DEL BANCO DE ESPAÑA

Debiendo empezar las clases el día 2 del próximo mes de Enero para la enseñanza de asignaturas sueltas y las preparaciones especiales para ingreso en el Banco de España y en el Cuerpo de Contabilidad del Estado, queda abierta la matrícula

CALLE DEL DUQUE, 1 y 3, 2.º

AVISO AL COMERCIO

El único Representante de la LEGIA JABONOSA marca MITABET, en las provincias de Murcia y Albacete es:

D. CLARO VILLAR POLO
ANGEL 1.º PRINCIPAL
CARTAGENA

MUSEO COMERCIAL

PUERTAS DE MURCIA.—PASADAJE CONESA

Material completo para minas, obras públicas, agricultura y construcción

Motores á vapor, gas y petróleo. Cables planos y redondos de acero, abaca y cáñamo.—Herramientas de todas clases.—Gomas y empaquetaduras.—Vías férreas y wagones.—Arados, prensas, bombas.—Cemento catalán.—Viguetas de hierro.—Tuberías é inodoros.—Papel y relieves para el decorado de habitaciones.—Basculas y Romanas.—Cajas de caudales.

Se remiten precios y dibujos á quien los solicite.

El último cigarro.

I.

—Fumar ustedes, señores: el humo no me molesta, dijo la dueña de la casa.—Y á tiempo que los criados nos servían el café, hizo una seña á su marido.

Este se levantó y volvió al poco rato con una tabaquera que hizo circular al rededor de la mesa; una tabaquera plana y rectangular, con las inscripciones, y en cuyo interior, con todo el lujo debido á su valía, había hermosos cigarros envueltos en papel plateado.

La tabaquera, pasando de mano en mano, llegó hasta mí. Cogi un tabaco y lo alargué al vecino de mi izquierda.

Este rechazó cortesmente mi brazo.

—Gracias, caballero; no fumo.

—¿No fuma V?—le preguntó el

amo de la casa.—¿De cuándo acá esa costumbre?

—No es una costumbre, señora. Es un castigo.

—¿Un castigo? No comprendo...

—Ni puede V. comprenderlo. Es toda una novela.

—Cuéntala V.

Mi vecino no desonaba otra cosa, por lo visto, que contarla. Incliné la cabeza como diciendo:

—Ya lo creo. No esperaba más que esa indicación.

Y empezó.

II.

—Tengo 50 años, señora. Es decir, los tengo en este momento... porque aun cuando ahora los tengo, no les he tenido siempre. Hace 25 era yo—á lo menos así me lo han dicho—lo que se llama un buen trozo, hombre guapo y proporcionado, y con un bigote cuyas guías á la borgeñona, caballerescamente retorcidas hacia arriba, eran la envidia de los hombres.

Mis amigos pretendían que estas guías conquistaban todos los corazones. Claro es que exageraban. No los conquistaba todos precisamente, pero... algunos caían. Por aquel tiempo era yo gran fumador y mis amigos—siempre ellos!—cuando me encontraban por la noche con el cigarro encendido entre los labios exclamaban:

—¡Ahí viene Felipe alumbrándose el bigote.

En una palabra, este bigote mío causaba los celos de algunos y la felicidad de algunas, y yo estaba orgulloso de él.

Un día, ó mejor, una noche me enamoré. Fue en un baile. Una adorable niña me flechó. Había balla-

do con ella tres walses, y al finalizar el primero, mi corazón ya era suyo. Me informé de sus cualidades y me dijeron:—Es hija única de un comerciante millonario; familia muy digna; cien mil duros de dote. Los padres son muy exigentes; quieren un yerno distinguido, inteligente y rico, en una palabra, una perla.

¿Una perla? Era yo demasiado modesto para creer en el éxito de mi empeño. Y por otra parte, aun cuando hubiera yo sido una perla, como no poseía una gran fortuna, me retiré... á la desbandada.

Pero cuando se ama de veras, es difícil ocultar el secreto, y el mío fue adivinado. Se habló de mí, los unos para compadecerme, los otros para burlársame. Por fin, de amigo en amigo, de sala en sala, Genoveva—que era este el nombre de mi adorada—supo un día que había en el mundo un joven de rubio bigote, que se moría por ella.

¿La conmovió aquella pasión tan recatada? ¿Había yo, sin saberlo, causado en ella alguna impresión?

—Acaso el bigote de V...—interrumpió uno.

—Sí, señor: mi bigote. Sea como fuere, ello es que Genoveva indicó un día á su padre que quería casarse conmigo. El papá puso al principio mala cara; pero la chica era testaruda... y venció.

III.

Fuimos novios seis semanas.

¡Seis semanas de delicias para mí! Genoveva era adorable. Por la noche nos dejaban solos en el salón y allí charlando, charlando, se nos pasaba el tiempo sin sentir. De día en día mi corazón se sentía más esclavizado por la gracia de aquella niña, que, por su parte, me quería cada vez más.

Cuando nos separábamos me enviaba en alas del viento aquel beso que aun no se había atrevido á darme. ¡Cuántos proyectos hicimos! Nos prometíamos una felicidad eterna y estábamos en todo tan conformes, que no veía yo en nuestro porvenir la más leve sombra que pudiera motivar una desavenencia entre nosotros.

Y además, ¿cómo discutir, ni por qué? ¿Acaso no estaba yo dispuesto á sacrificarlo todo por complacer á Genoveva? Bastó que me dijese ella una noche, viéndome encender un cigarro: «¡No fumes más te lo suplico!», para que yo tirase inmediatamente el «londres» empezado. Y como si ella me agradeciera la privación que me había impuesto por complacerla, añadió:

—¡Si supieras lo que te quiero cuando te veo tan complaciente!

—¡Soy tan feliz obedeciéndote!

Y hablaba con sinceridad, creándole usades. ¡Y cuidado que necesitaba ganas de complacerla para consentir en desprenderme de mis queridos cigarros! Había alejado de mí la tabaquera, que puse en una mesita cercana á mi alcoba, y al volver á casa, después de haber pasado la velada con Genoveva, iba en busca de ella (de la tabaquera) antes de irme á la cama.

Alargué á veces la mano y ¡palabra de honor! tuve que hacer un

esfuerzo sobrehumano para resistir á la tentación.

Dejé expresamente la tabaquera abierta al alcance de todos mis amigos, de mis criados, y ellos, como si hubiesen adivinado mi deseo, hacían cuanto podían para disminuir las probabilidades de que yo sucumbiese.

Por fin, llegó el gran día, el día de legalizar nuestra unión en el Registro civil. Habíamos convenido en que yo iría á buscar á Genoveva á la una y media. Me había levantado temprano, y en traje de mañana, esperaba la hora de endosarme el frac. Una vez listo del todo, atusé las guías de mi bigote y miré el reloj. Eran las doce en punto. Tenía aun que esperar más de sesenta minutos.

¡Una hora! Había esperado seis meses antes de saber si Genoveva me quería; había esperado seis semanas el momento aquel del matrimonio, y tener que esperar entonces una hora, me hacía brincar de impaciencia. Iba y venía por mi cuarto... Me sentaba... me levantaba... sentábase de nuevo y volvía á levantar, buscando una distracción, un entretenimiento, algo, en fin, que pudiera ayudarme á soportar aquella espera tan larga... cuando mi vista se fijó en la petaca.

No había quedado más que uno. ¡Mis amigos y mis criados se había portado como unos héroes!

¡Un sólo cigarro! Lo cogí maquinalmente... Era largo, redondo por el centro, con una punta que parecía estar diciendo: «¡enciéndeme!»

Lo examiné detenidamente. Era seco, ni muy rubio ni muy negro; un cigarro perfecto, en una palabra. De repente lo volví á meter en la tabaquera, y cerré los ojos para sustraerme á la tentación.

¡Las doce y cuarto! ¡Todavía tres cuartos de hora! Acerqueme de nuevo á la tabaquera—¡tiene uno á veces momentos tontos!—merdí la punta del cigarro, lo encendí y tendiéndome en el diván me puse á fumar.

¡Delicia incomparable!

Si fue el intenso aroma del tabaco ó la falta de costumbre de fumar no lo sé. Lo cierto fue que á los pocos instantes, incliné la cabeza hacia atrás, entorné los ojos... y me dejé invadir por aquella sensación de somnolencia donde el pensamiento acaba y empieza el sueño.

De pronto un ligero olor á chamusquina vino á desvelarme. Levantéme, y miré por el cuarto. Nada. Registré mi cama, los cortinajes, me palpé la ropa... Nada.

—Será aprensión—pensé; me habré engañado.

Miré el reloj. La una y cuarto. Me vestí, cogí el sombrero y los guantes, eché á correr escaleras abajo y subí en el coche que me esperaba.

El portero estaba allí en el umbral de la puerta, y al verme pasar, soltó una carcajada que fue secundada por otra del cochero.

—¡Se burlan de mí porque voy á llegar tarde!—murmuré.

Llegué á casa de mis casi parientes. En dos saltos subí al pri-

mer piso y llamé Juan, el criado, al abrirme me dijo:

—Han salido todos, señorito, después de haberle esperado. Por cierto que la señorita no parecía muy contenta y al marcharse me dijo que si el señorito venía, que fuese al Registro civil... Yo cumplo lo que me mandó la señorita.

Y mientras hablaba é iba soltando «señoritos» por aquella boca, procuraba el criado reprimir ó no sé que irresistible comoción de reír, que se le adivinaba en el rostro.

—¿Te ríes de mi granuja?

—El señorito debe bromear. Bien sabe el señorito que no me atrevería... en su presencia... y luego... el señorito es muy dueño... ¿verdad señorito? El señorito debe de saber lo que le gusta la señorita... y si la señorita le gusta así.

No tenía tiempo para meterme en averiguaciones. Me encogí de hombros y bajé la escalera más aprisa de lo que había subido.

En el zaguán estaban formados en dos filas todos los criados de la casa. Pasé por entre ellos; pero por muy á prisa que fuera, tuve tiempo para oír murmullos y risas sofocadas.

—¡Vive Dios—pensé.—O esta gente no ha visto nunca un novio que llegaba á la boda con retraso, ó yo debo ser un bicho raro.

—¡A escape!—dijo al cochero, y á las dos y diez llegaba al Juzgado.

—¿La sala de matrimonios? pregunté al alguacil.

—¿La sala de matrimonios? Supongo que no será para V.

—Si señor: para mí es—contesté.

—¿Para V.? Pues tiene gracia... ¡mucha gracia!

Y se dejó caer sobre un banco, desternillándose de risa.

No sé que santo me detuvo. Me encaré con él, y con tono que no admitía réplica, le dije:

—¿Me indica V., sí ó no, la sala de matrimonios?

Levantóse el alguacil y con seriedad enfática dijo:—A la derecha, caballero: al fondo del vestíbulo.

Y volviendo á caer sobre el banco:—¡Mire V. que tiene gracia!

Corrí hacia la puerta indicada y entré.

—¡Ah! ¡por fin!—dijo mi suegra apenas me vió.

Di algunos pasos hacia adentro. Una tempestad de carcajadas acogió mi presencia. Como por arte de encantamiento, todos los pafuelos salieron de los bolsillos y se acercaron á las bocas. A pesar de esta precaución, todavía pude oír: «¡Oh! ¡ah!... ¡Dios mío, qué ridículo!...»

El juez se retercia de risa en su peltrona. Quedéme clavado, inmóvil, sin saber qué actitud tomar ni qué cara poner.

—Pero ¿por qué se ríen ustedes así?

Genoveva escondía la cara entre las manos. Mi suegra procuraba contener su cólera; mi suegro se dirigió á mi encuentro y en tono que no admitía contestación:

—Caballero, me dijo: todo ha terminado entre nosotros.

—Pero señores ¿qué pasa? qué?